



FRANCISCO SOSA.



FRANCISCO SOSA

Aquí, en donde todos somos capaces de todo, dedicarse á la crítica literaria es empeño más peligroso que el de abrir un templo protestante en Puebla, ó proponer en la Cámara la disolubilidad del matrimonio: decir á un escritor que no sabe Gramática, prueba más grande atrevimiento que el de Lutero al presentarse en la Dieta de Worms; y para demostrar á un poeta que su inspiracion es postiza y de mala ley, se requiere más valor que el de Horacio Cócles, resistiendo solo en un puente á todo el ejército enemigo, que el de Marcelo atacando con un puñado de caballeros á la muchedumbre de los Galos, segun cuenta Valerio Máximo, ó que el de Pedro Castera poniendo en venta sus «En sueños y Armónías.» No se puede ser crítico en un país en que cada literato se cree digno, no solo de respeto,

sino de la admiración de todas las generaciones presentes y venideras.

Todos los tormentos que se agotaron en Lyon en el siglo II de la Iglesia para martirizar á Blandina y á Pónico, parecerían poco castigo si se tratara de aplicárselos á un desgraciado que quisiera tomar el papel de censor en esta ciudad en que las letras están en su apogeo: por eso, aunque me voy con tanto cuidado en mis artículos, como esos acróbatas que dan en los pueblos el espectáculo de cruzar con los ojos vendados sobre un terreno erizado de cuchillos y bayonetas, no dejo de maldecir en mi interior, el día y hora en que, por mi desgracia, me he metido en este laberinto, sin llevar, como el semidios de la Grecia, el hilo maravilloso de Ariadna.

Pero á lo hecho, pecho; y vamos andando, que fin ha de tener todo esto y el hombre ha nacido para sufrir y padecer.

Y hánme ocurrido todas estas reflexiones, porque voy á hablar de Pancho Sosa, que ha tenido siempre la franqueza de expresar sus verdaderas opiniones, todas cuantas veces ha escrito artículos de crítica literaria, lo cual le ha valido no pocos disgustos ni escaso número de malas voluntades.

Sosa, como crítico, algunas veces es demasiado severo; pero esto que más bien es resultado de su carácter, no ha dejado de ser útil en el tan desacotado campo de nuestra literatura; y como la venganza no sea arma extraña en-

tre nosotros, muchos descargan sobre él sus rencores, sin perdonarle por más que pasen los días y los años; que entre los poetas, las ofensas, supuestas ó reales, prescriben con más dificultad que en los siglos pasados los bienes raíces de la Iglesia ó de los Municipios.

Sosa ha engalanado con sentidos versos y con leyendas, periódicos de buen nombre, como *El Domingo*, *El Federalista*, *El Renacimiento*, *El Artista* y la *Revista Mexicana*.

A pesar de esto, será muy difícil que muchos confiesen el mérito de Sosa; y él se tiene la culpa, por andar queriendo decir siempre la verdad, en todas ocasiones, y por no darle tornillo á su carácter, poniendo en juego algo más que la indulgencia para llamar *genios*, á todos los que escriben cuatro renglones desiguales; eminencias, á los valles; condores, á los gorriones, y soles, á las anémicas linternas de los coches del sitio.

Para tener fama literaria bien sentada, es preciso callar todo lo que puede refluir en mengua de cuantos, bien ó mal, escriban en todos los periódicos, libros y décimas de la plaza, conocidos y por conocer, y alabar hasta lo inalabable, por más que haya loas que parezcan inverosímiles.

Eso depende de los anteojos con que se lee.

Dijo un poeta:

En este mundo traidor,
Nada hay verdad ni mentira;
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Cuentan que un carpintero tenia un caballo y sólo le faltaba la pastura para mantenerlo: por las mañanas le echaba el *aserrin* y los recortes de madera, como almuerzo; pero como el animal nada de esto queria comer, al buen carpintero se le ocurrió, para que el caballo creyese que toda aquella madera era yerba húmeda y fresca, ponerle anteojos verdes.

Necesítanse pues, unos lentes verdes, que así creéremos que todo es yerba, aun cuando mucho sea paja, y luego convencerse de que en materia de alabanzas todo debe regirse por el *Do ut des, y facio ut facias*.

Sosa ha tenido el candor de decir que las comedias de Cuenca, de Peza, de Segura, algunas de Chavero, otras de Juan Mateos y otras de Peon, no valen lo que los autores creen, ó lo en que los cómicos las aprecian; y ha tenido con esto mucho que rascar.

Le han gritado *envidioso, acre, intratable, y antipatriota*, porque el patriotismo tiene su modo de entenderse, aunque se haga alianza con el enemigo extranjero en un campo de batalla, con tal de que se diga siempre, que nosotros somos la raza privilegiada de la tierra para escribir en prosa y verso, ya hay seguridad de aparecer más patriotas que Mucio Scévola, que Verginsextorix, que Pelayo, ó que Guerrero.

Es peligroso saber, y más que saber, publicar todos esos secretos misteriosos de la literatura, que se han vuelto ya como los secretos de las religiones. Cuentan que

Aristóphanes por haber hecho alusion á algunos misterios religiosos, fué acusado de impío, y no pudo salvarse sino probando que no estaba iniciado, y que todo aquello lo habia sabido por la voz pública.

Renan refiere lo siguiente:

«Un personaje elevado del Islamismo me contó que habia sido preciso hacia pocos años reparar el interior del sepulcro de Mahoma en Medina; y se publicó una convocatoria á los albañiles anunciando en ella que: aquel que tuviera que entrar á lugar tan sagrado, seria degollado al salir. No faltó uno que se presentara; descendió, terminó su trabajo y se dejó decapitar. Es necesario, me dijo mi interlocutor, que se tenga cierta idea de estos lugares y que nadie pueda decir que son de otro modo.»

Esto es precisamente lo que causa la mala voluntad contra los críticos: es preciso que se tenga cierta idea de tales personas, y no seria malo degollar á todos los que intentaran probar que esa idea no es la verdadera.

Pancho Sosa se ha dedicado principalmente al estudio y publicacion de Biografías de los hombres que en México, han tenido alguna importancia en las ciencias ó en la literatura, ó de alguna manera han contribuido al progreso moral y material del país, y tiene escritas ya más de setecientas.

Este trabajo es ingrato y peligroso; pero entre los auxiliares de la Historia, es sin duda el que mayores servicios la presta.

En las Biografías de los hombres de pasados tiempos, la dificultad para encontrar datos fehacientes burla muchas veces el laborioso empeño del escritor, y las encontradas apreciaciones sobre el mérito de los contemporáneos le expone á los enconosos tiros de la envidia.

Con una serenidad imperturbable y con una constancia digna de respeto, Sosa arrostra por todo, y sigue sin interrupcion estudiando y escribiendo Biografías, y acumulando con ellas un caudal de noticias y juicios críticos que serán, un tesoro para los historiadores en lo porvenir, por más que hoy no le produzcan á su autor ni grande honra ni provecho alguno.

La historia de los hechos de hombres, que de alguna manera se distinguen por sus virtudes ó por su saber, en los pocos años que viven sobre la tierra, se ha considerado siempre, si nó de gran brillo, sí de notable utilidad, por escritores dignos de respeto.

«Antigua costumbre — dice Tácito en la vida de Agrícola — ha sido narrar los hechos y costumbres de los varones esclarecidos, y aun nuestra misma edad, aunque poco apreciadora de los suyos, siempre cuida de eso cuando alguna grande é ilustre virtud vence y sobrepuja la ignorancia, la envidia y el aborrecimiento de lo bueno, vicios comunes á las grandes ciudades y á las pequeñas poblaciones. Pero entre los pasados, así como había más inclinacion para hacer cosas dignas de recuerdo y ocasion más oportuna para ello, así tambien

«movíanse los ingenios á escribir la memoria de esas virtudes, más por el precio de la buena conciencia que por el estipendio ó la ambicion. Narraron muchos sus propias vidas, confiando en la severidad de sus costumbres, que no aconsejados por la arrogancia; y por esto ni fueron murmurados Rutilio y Scauro, ni se dudó de la verdad de su dicho. Tanto así, en los siglos fecundos de virtudes, es fácil la justicia en la apreciacion; y yo, escribiendo la vida de un hombre que ya no existe, necesito una indulgencia, que no solicitaria si atravesáramos los tiempos crueles y enemigos de las virtudes.

«Sabemos que Aruleno Rústico y Herennio Senecion fueron condenados á muerte por haber escrito la Apología, el uno, de Pœtus Tráceas, y el otro de Prisco Helvidio; y no contentándose la persecucion con los autores, fueron quemadas por la mano de un ejecutor, y en medio del *Foro*, aquellas obras, esclarecidos monumentos del genio. Se pretendia, sin duda, consumir con el fuego la voz del pueblo romano, la libertad del Senado y la conciencia universal, ahogando la sabiduría de los profesores, y desterando á todas las buenas artes por temor de encontrarse con algo honesto. Ciertamente dimos grandes muestras de paciencia, y como la edad pasada vió los últimos términos de la libertad, vimos nosotros los últimos de la servidumbre, perdiendo por temor á las denuncias hasta el trato y conversaciones familiares; y hubiéramos perdido hasta la memoria mis-

«ma, si estuviera en nuestra potestad el olvidar como lo
«está el callar.»

Despues del testimonio del príncipe de los historiadores, que traducido por mí pierde toda la elegancia del original, nada seria preciso agregar en pró de los trabajos biográficos; pero de alguna cosa servirá aducir algunos otros.

«Por tanto,—dice Plutarco en la vida de Pericles—
«es visto que no son de provecho para los espectadores
«aquellas cosas que no engendran celo de imitacion, ni
«tienen por retribucion el incitar el deseo y conato de aspirar á la semejanza; mas la virtud es tal en sus obras,
«que con admirarlas, va unido al punto el deseo de imitar
«á los que las ejecutan, porque en las cosas de la fortuna,
«lo que nos complace es la posesion y el disfrute, pero
«en las de la virtud, la ejecucion; y aquellas queremos
«más que nos vengan de nosotros, y éstas por el contrario, que las reciban los otros de nuestras manos; y es que
«el honesto mueve prácticamente y produce al punto un
«conato práctico y moral, infundiendo un propósito saludable en el espectador, no precisamente por la imitacion, sino por sola la relacion de los hechos. De aquí
«nació en mí el propósito de ocuparme en este genero
«de escritura.»

El famoso escritor español D. Manuel José Quintana, en el prólogo de sus «Vidas de Españoles célebres,» dice al mismo propósito:

«Las vidas de los hombres célebres son, de todos los

«géneros de historia, el más agradable de leerse. La curiosidad excitada por el ruido que aquellos personajes
«han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más
«despacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios
«extraordinarios, han contribuido á la formacion, progresos y atrasos de las naciones. Las particularidades y
«pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar
«fielmente los caracteres y las costumbres, llaman tanto
«más la atencion, cuanto que en ellas se mira á los héroes
«más desnudos del aparato teatral con que se presentan en
«la escena del mundo, y convertirse en hombres semejantes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para
«consolarnos de su superioridad.»

Pero todos estos pensamientos se condensan de una manera admirable, en unos versos tomados de los que D. Antonio Pons, pone en su *Viaje á España* y dice haberlos leído en dos tablas al lado del sepulcro del célebre Conde D. Pedro Ansurez, en una capilla de la Catedral de Valladolid.

La vida de los pasados
Reprehede á los presentes;
Ya tales somos tornados,
Que mentar los enterrados
Es ultraje á los vivientes.

Porque la fama del bueno
Lastima por donde vuela,
Al bueno con la espuela,
Y al perverso con el freno.

Xenophonte llevaba más adelante el empeño en con-

servar el recuerdo de las acciones de los hombres ilustres, pues dice al comenzar *El Banquete*:

«Me parece que no solamente las acciones serias de «los hombres honrados y virtuosos, sino aun sus simples «entretenimientos, son dignos de memoria; y llevado de «este pensamiento, quiero publicar algunos rasgos de «que yo he sido testigo.»

Seguramente por esto hay tantos escritores honrados que se han dedicado á los estudios biográficos. Tácito escribió la vida de Agrippa, Quinto Curcio la de Alejandro Magno, Plutarco y Cornelio Nepot vidas de griegos y romanos, Xenophonte la de Cyro el Grande, y Diógenes Laertio las de muchos filósofos; Suetonio las de los doce Césares, Philostrato la de Apolonio de Tyana y la de los Sophistas, Eunapo las de los filósofos.

El año de 1643, el jesuita Bolland comenzó la publicación de la grande obra *Acta Sanctorum*, interrumpida en 1794 por la revolucion, y que no comprendiendo más que del 1º de Enero al 14 de Octubre, contaba ya cincuenta y tres volúmenes en folio: Monje, en nombre del Instituto; Gizot, en nombre de la Historia, y los personajes más importantes de Bélgica, pidieron la conclusion de ese monumento que por un voto de las Cámaras belgas en 1837, se continuó por una Sociedad de Bollandistas escogida de la Compañía de Jesus; hasta 1853 habian publicado ya dos grandes volúmenes con más de dos mil cuatrocientas páginas.

Estas biografías de los santos, tan populares en el mundo católico, son el resúmen de la literatura dominante de la Edad Media, y que influencia tan poderosa ejerció en el modo de ser de las sociedades y en el modo de existir de los gobiernos.

En nuestros dias, á la luz deslumbradora de la ciencia moderna, apénas puede comprenderse el influjo decisivo que esas leyendas tuvieron en el ánimo de aquellas generaciones, no sólo en la vida doméstica, no sólo en el criterio de la conciencia religiosa y moral, sino en la guerra, en las ciencias, en las artes, en las letras y en la industria.

Relatos de fantásticas y maravillosas aventuras, milagros, éxtasis, profecía, ubicuidad, penitencias espantosas y episodios de abnegacion inverosímiles: los santos de la Iglesia de Oriente venciendo en constancia y en sufrimientos á los Faquires del Ganges y del Indo, los Stilitas permaneciendo inmóviles sobre su columna tantos años y anidando bajo sus brazos los pájaros; María la Egipcia enterrándose viva hasta el cuello; los mártires de la Iglesia de Occidente, sufriendo sin murmurar y muchas veces en medio de cantos triunfales, los horribles martirios de la silla candente y la muerte entre las garras de los tigres ó las pesadas patas de los elefantes; la innumerable muchedumbre de solitarios, haciendo una monstruosa mezcla de la filosofía de los Gimnosophistas, de los Pitagóricos, de los Estóicos y de los Cristianos; este es el almacén de donde están sacados todos los hilos, que

tejen y traman la tela de la vida de los santos, durante los tres primeros siglos de la Iglesia.

Y sin embargo, estas vidas, llevadas por la tradición, inspiraron á toda la Edad Media, y puede decirse que de ellas nacieron los libros de Caballería; los libros de Caballería que no son otra cosa sino biografías más ó ménos fantásticas de hombres maravillosos: porque la humanidad, por más que digan los escritores católicos, tiende al Politheísmo, y los santos son para el vulgo del catolicismo una especie de semidioses, como lo fué Theseo entre los griegos, como lo fué Hércules ántes de ser elevado á la categoría de dios, y semidioses fueron para la Edad Media, los caballeros andantes; porque el pueblo en los días del Politheísmo criaba sus semidioses; en los primeros siglos del Cristianismo, formaba santos milagrosos; y cuando la Iglesia estableció que los santos no se declaraban más que en Roma, el pueblo comenzó á crear demonios y héroes fantásticos y legendarios.

Libros de Caballería y vidas de los santos, fueron el alimento literario de San Ignacio de Loyola, que envolvió al mundo en una red de acero con la Compañía de Jesus: vidas de los santos y libros de Caballería, nutrieron el espíritu de la sublime histórica Teresa de Jesus, y quizá el *Fausto* de Goethe, y el *Mágico prodigioso* de Calderon hayan tenido, como opinan muchos, la vida de San Cipriano por fuente de inspiración.

En los últimos siglos las colecciones biográficas han to-

mado generalmente el carácter de diccionario, y se han formado grandes colecciones. Branthome, Moreri Ladvocat, Bayle, Michaud, Vaperau, Renniè y otros muchos cuya lista seria interminable, se han dedicado á esta clase de trabajos, entre los cuales no son de despreciarse el de Robertson en la *Vida de Carlos V*, Wathson en la de *Felipe II*, y el mismo Voltaire en la de *Carlos XII*.

Hay sin embargo en medio de todo esto, la Biografía que podríamos llamar *bastarda*: la que escriben los aduladores para halagar el amor propio y lisonjear servilmente á un magnate, profanando el recuerdo de Plutarco y convirtiendo las balanzas de la Justicia en romana de tienda de abarrotes en que se pesa para vender.

Esta clase de biografías son como la flor que llamamos nosotros de Navidad; son como la *Maravilla*: apenas pueden vivir siquiera durante el día que las ve nacer; pero de este trabajo debe hacerse el mismo aprecio que el público hace de él: le considera como uno de tantos medios que han inventado los cortesanos para halagar á su Señor; se leen por diversion como la noticia de la *sierpe* que se apareció en la iglesia de Loreto, y si sirven para hacer alguna calificación, no es precisamente la del personaje de quien se habla, sino la del Homero que á tal Aquiles canta. De tales obras nunca hemos llegado á ver una colección, y á fe que hace falta, no como un modelo de literatura ni ménos como dato histórico, sino como prueba de la volubilidad de las cosas de este mundo, y